

## EDITORIALES

## El 'agujero' de las pensiones en Euskadi

El retraso en la reforma de un sistema con un déficit disparado hipoteca las prestaciones futuras

El sistema de pensiones es deficitario en Euskadi desde 2006, antes de que los efectos de la recesión pusieran contra las cuerdas las cuentas de la Seguridad Social en toda España. El desfase entre los ingresos por cotizaciones y el gasto en prestaciones crece de forma desbordada, sin que las medidas de ajuste aprobadas para contenerlo – algunas de ellas, suspendidas por la presión de la calle – hayan surtido efecto. Resulta insostenible en el tiempo un modelo que el pasado año arrojó en la comunidad unos números rojos de 3.997 millones de euros, el doble que en 2014. Un 'agujero' que supera los recursos destinados por el Gobierno vasco a la sanidad, y equivale a la suma del presupuesto de los departamentos de Educación, Seguridad, Vivienda y Trabajo. Otra demostración de que el traspaso de las pensiones reclamado hace años por el nacionalismo con una ruptura de la 'caja única' de la Seguridad Social – una materia no contemplada en el Estatuto de Gernika, en el que solo figura la cesión del régimen económico de la Seguridad Social – sería una ruina para Euskadi. La contundencia de las cifras y el sombrío panorama demográfico que se nos avecina confirman la perentoria necesidad de una reforma que garantice la viabilidad del sistema a medio y largo plazo. Ello obliga a moderar el gasto – tensionado por el envejecimiento de la población y una cuantía de las nuevas prestaciones muy por encima de la percibida por los jubilados fallecidos – y a buscar nuevas fuentes de ingresos que, sean cuales sean, acabarán por salir del bolsillo de los ciudadanos de una u otra forma. La demagogia es una tentación difícil de resistir, pero una pésima consejera en una cuestión tan delicada, en la que las soluciones más favorables a los actuales pensionistas – y votantes – hipotecan las expectativas de los que vienen detrás. La búsqueda de un acuerdo de ese tipo entre las principales fuerzas políticas y respaldado por los agentes sociales debería ser uno de los principales retos del futuro Gobierno. Un acuerdo razonable y con visión de futuro que, en un modelo de solidaridad entre generaciones como el vigente de la Seguridad Social, no haga pagar todos los platos rotos a los trabajadores que contribuyen a pagar las pensiones de ahora con sus cotizaciones y que ven en peligro la suficiencia de las que ellos percibirán en unos años por el miedo a adoptar medidas que, en algunos casos, serán irremediablemente impopulares.

## Inestabilidad en el Golfo

Estados Unidos está reaccionando con cierta moderación ante el ataque con drones a instalaciones petrolíferas saudíes, que causaron daños significativos y afectaron al precio del crudo en los mercados. Pese a que la atribución del ataque recayó primero sobre los huties, que mantienen una guerra civil en Yemen frente al oficialismo respaldado por Riad, tanto los saudíes como los norteamericanos piensan que Irán está detrás del ataque, algo que Teherán niega con vehemencia. Aunque Trump ha llegado a mencionar incluso el arsenal atómico y ha enviado fuerzas a la zona «que serán de naturaleza defensiva» y que se añadirán a las que ya tiene estacionadas, se ha limitado a intensificar las sanciones contra Irán. El jueves, el secretario de Estado, Pompeo, declaraba en Emiratos Árabes Unidos que EE UU prefiere «una solución pacífica» con Irán. Teherán, por su parte, lanza sus formularias amenazas y dice rechazar la injerencia extranjera, pero lo hace también de manera muy medida, consciente de que un conflicto abierto resultaría devastador para la región.

## EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO

Director José Miguel Santamaría Alday

## Subdirectores

Oscar Villasante,  
Manuel Arroyo,  
Zuriñe Ortiz de LatierroAdjointos a la dirección:  
César Coca,  
Pedro Brivings

## Jefes de Área

Alberto Ieltitu y Ángel Pereda (Información), Oscar Alonso (Edición),  
José Mari Reviriego (Ciudadanos), Adolfo Lorente (Política),  
Encarni Bao (Mundo), Ángel Cordero (Opinión), José Vicente Merino (Economía), María José Tomé (Cultura), Antonio Santos (Deportes),  
Javier Trigueros (Suplementos), Iker Aizua (Edición Digital),  
Alejandro Belman (Dirección de Arte) y Bernardo Corral (Fotografía)

## Secciones

Miguel Pérez, Sergio García y José Luis Ondovilla (Ciudadanos),  
Iván Ordo (Política), Pascual Pereda (Suplementos), Juan Ángel Marugán (Edición cierre), Manu Álvarez (Corresponsal económico),  
Lourdes Aedo (Jantour), María del Carmen Navarro (Diseño),  
Mauricio Martín y Jesús Oleaga (Documentación)

## Emergencia climática

JAVIER ZARZALEJOS

Las mentalidades estatistas encuentran en la lucha contra el cambio climático la justificación que andaban buscando para revivir sus afanes intervencionistas

Si hacemos caso a lo que se puede oír y leer hay que sentirse avergonzado por viajar en avión por las emisiones del vuelo. Hay que estar preocupado si uno como pescador por los microplásticos que los peces acumulan. Hay que hacer del disfrute de un solomillo un acto privado para no sentir el reproche de los que nos imaginan devorando un pedazo desmedido del medio natural y de las reservas de agua que cuesta criar una vaca. Los usuarios del motor de explosión son un colectivo merecedor de restricciones ilimitadas e impuestos crecientes. No se entienda mal; no es un asunto de broma. Se han podido leer cosas como que «como came es un acto fascista» y oír a gobiernos hechos y derechos declarar el estado de emergencia climática aunque de esa declaración no se deriven más consecuencias que la exhibición de su autocomplacencia por la sensibilidad que presuntamente demuestran. Durante décadas se nos ha aleccionado en la necesidad de abrir nuestros mercados a los países menos desarrollados como la mejor forma de cooperación, pero ahora esa apertura se quiere condicionar a estrictas cláusulas medioambientales que los países en cuestión a menudo tienen dificultades graves para cumplir por sí solos –entre otras cosas, y precisamente, por su menor nivel de desarrollo– y que, por otra parte, décadas atrás no condicionaron nuestro propio progreso industrial y económico.

La conciencia de los riesgos medioambientales que tenemos que afrontar es una realidad. Pero esa conciencia avanza en paralelo con la inflamación de un discurso apocalíptico que, de ser cierto, haría poner en cuestión la utilidad de los esfuerzos para detener el calentamiento global. Toda una generación que crece en medio de esta visión apocalíptica del futuro está asumiendo que su problema llegará a la edad adulta no será que se pueda mantener el modelo de bienestar o sus pensiones sino la existencia misma de un planeta habitable. Nos encontramos iniciando la transformación del paradigma económico que anticipan la revolución digital y las estrategias contra el cambio climático. Pero mientras muchos esperamos que, de nuevo, se confirme la capacidad del sistema de libre mercado para generar esa dinámica de «destrucción creativa» que describió Joseph Schumpeter, otros creen llegado el momento –esta vez sí– de declarar difunto este modelo. Lo hacen mediante dos procedimientos discursivos.

El primero reverenciando –nunca mejor dicho– la querencia rousseauiana tan querida a la izquierda sobre la necesidad de volver a la supuesta autenticidad de la naturaleza, depositaría de todas las bendiciones frente a la corrupción de la civilización. El segundo consiste en atribuir al Estado una nueva legitimidad planificadora e intrusiva en la vida personal que ya no se predica en nombre de la igualdad, el fin de la explotación o la lucha con-

tra la opresión sino en nombre de la preservación del planeta. En su refundación ecologista, la izquierda ha abandonado la fe en el progreso que siempre había esgrimido como herencia intelectual de la Ilustración, y ha sustituido el optimismo en el género humano por el pesimismo antropológico que atribuye a la humanidad una pulsión autodestructiva casi inevitable.

De la mano del apocalipsis climático reaparece el Estado salvador al que pocas cosas pueden quedar vedadas cuando dice actuar urgido por la emergencia climática. La verdad es que los que consideran que el Estado puede hacer más a costa de estrechar el espacio de la sociedad civil siempre lo han justificado por los motivos más nobles. Este renacimiento del Estado planificador plantea algunos riesgos reales para la democracia que todavía no han sido debidamente medidos. Porque si la emergencia climática se utiliza para cerrar el debate sobre lo que puede hacer y cómo hacerlo a la hora de afrontar los retos medioambientales, no sólo padecerá la deliberación propia de una democracia, sino que quedará en cuestión la eficacia de las políticas que quieran llevarse a cabo. Es fácil que eso ocurra si lo que se pretende es convertir los deberes ciudadanos hacia el medio ambiente en una exigencia de militancia ideológica.

Muchas veces, el persistente sensacionalismo de un cierto discurso medioambiental alimenta la impresión de que hacemos lo que hacemos, estamos perdidos. De este modo, se une en su aceptación del apocalipsis a los que recomiendan que en vez de dedicar enormes cantidades de dinero para intentar evitar lo que creen inevitable, el cambio climático, empleemos esos recursos en adaptarnos a él y mitigar sus consecuencias. Sin embargo, se están intensificando los esfuerzos y los medios para actuar eficazmente sobre este proceso, hay compromisos de reducción de emisiones más estrechamente vinculantes y la innovación tecnológica es una realidad que impulsa el proceso de descarbonización de la economía y de mejora sustancial de la eficiencia energética. Y, sin embargo, todos los mensajes que recibimos son de fracaso y tragedia.

Las mentalidades estatistas encuentran en la lucha contra el cambio climático la justificación que andaban buscando para revivir sus afanes intervencionistas, que ya no se conforman con la regulación económica, sino que pretenden entrar de manera coactiva en los hábitos de vida y en la valoración moral de nuestros comportamientos. Se está construyendo una utopía medioambiental que, como todas las utopías, resulta atrayente para muchos, tiene la fuerza de la épica y se apropia de la razón moral. Pero, como todas las utopías en política, quiere rehacer el mundo en vez de resolver los problemas e impone la adhesión en nombre de un discutible ideal que siempre fracasa en conseguir.

